

DEBATE

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). Lo que me llama la atención fuertemente esta mañana es que aparecen como tres aplicaciones del mismo análisis del proceso de salida de la dictadura. Estamos acostumbrados al modelo de tipo europeo o africano, según el cual salir de un régimen autoritario de cualquier naturaleza es un proceso global, porque ese régimen está identificado o con una clase social o con un grupo de intereses, o con una dominación extranjera. Entonces, mientras más directa y masiva sea la movilización, más eficiente es para hacer caer la dictadura.

Las tres ponencias escuchadas esta mañana están basadas en una teoría absolutamente opuesta, es decir, que mientras más fuerte y más total es la desvinculación de lo social y de lo político, más eficiente y más probable es la caída de la dictadura; y que el problema central no es la creación de una intermediación política en términos concretos. Lo que se está observando es una vuelta parcial, pero una vuelta, al viejo sistema nacional popular. Queríamos esta democracia pura, lejana —como dice Elizabeth Jelin—; esa extrema desvinculación de lo Político y de lo Social. Entonces, mi pregunta a los tres autores es: ¿cómo, a partir de esta necesaria prioridad de lo común y desvinculación del proceso político y del proceso de cambio social, cómo se puede evitar la vuelta a algo de tipo nacional populista, y cómo se pueden constituir o reconstituir actores sociales? Lo digo porque los tres me parecen compartir la misma lógica política, que es de desesperación radical en cuanto a la capacidad de formación de actores sociales. Entonces, ¿cuáles son los procesos a través de los

cuales se podría dar de nuevo una base más sólida a la Democracia como régimen, en cuanto a la incorporación de debates y de fuerzas sociales?

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Quisiera insistir sobre el mismo tema que planteaba Touraine, y someter a discusión esa especie de premisa que dice que la transición política se facilita en la medida en que se le quita todo contenido sustantivo, porque son los elementos sustantivos fundamentales los que desatan los antagonismos políticos y, en consecuencia, impiden el término del régimen autoritario. La segunda premisa es que la democracia, como pura apertura del sistema político, no es objetivo de la movilización colectiva en los sectores populares, y, por lo tanto, el advenimiento de la democracia es una cuestión estrictamente política, casi producto de una intervención externa, que puede ser Thatcher, el Papa, las Fuerzas Armadas, grupos guerrilleros. De esta manera —si se lleva a extremos el razonamiento—, la movilización de los grupos populares pasa a ser contraproducente para una transformación democrática... y luego ocurre que se expresa un sentimiento de desesperanza, desaliento, desencanto.

Yo pondría a discusión ese razonamiento paradójico.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Creo que es importante plantear aquí el tema de la temporalidad en el proceso de la transición a la democracia. Pienso que, en un primer momento, este proceso es más

concentrado, más instrumental, más de forma, y menos de ampliación, de participación. Luego viene un segundo tiempo, que es el de ejercicio del juego democrático propiamente tal, y ahí el problema es el de la competencia democrática, el distribuir, pero distribuir sobre la base de la crisis. Y hay un tercer momento —y es al cual quisiera que tratasen de extrapolar sus tendencias— en que eso no funciona. Porque además de las demandas concretas hay también una cantidad de demandas culturales, expresivas, simbólicas, de revalorización cultural de la democracia que están presentes y que no se expresan como demanda institucional y que tampoco los partidos procesan institucionalmente. Y quisiera saber cómo hacerlo.

BRYAN ROBERTS (Universidad de Texas, USA). Pensando comparativamente, creo que una de las cosas que estamos viendo aquí es que toda la problemática de la vuelta a la democracia no es específica de un país, de un continente, ni siquiera del Tercer Mundo. Llega un momento en que en todo el mundo las sociedades se vuelven más o menos complejas y urbanas, con diferencias importantes pero, básicamente, muy parecidas: problemas económicos, desempleos, etc. Lo mismo sucede en los países de Europa. Si pienso en mi país, yo —como cualquier intelectual de Inglaterra— me pregunto, igual que ustedes en estos días, cómo vamos a volver a la democracia en Inglaterra, cómo echar a Thatcher; me planteo la problemática de que no hay contacto entre los partidos; los movimientos sociales son un tema de actualidad, etc.

Sé que todo esto no ayuda mucho a la discusión; sólo quiero plantearlo para que podamos ver que el tema de la democracia es un problema más general, no es un problema especial de estos países. Creo que es importante darse cuenta de esto.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN (FLACSO, Chile). Creo que, para analizar los problemas que estamos enfrentando, hay que salirse del imaginario democrático de América Latina, que confundió siempre democracia política con democratización. Ambas cosas están fundidas en la conciencia y práctica de los actores sociales de América Latina, y sobre todo a los intelectuales de izquierda se les hace muy difícil separar ambos aspectos y entender que la democracia política es algo que resuelve el problema de cómo se gobierna, y punto. Y el problema de la transición consiste en cómo nos ponemos de acuerdo para llegar a las próximas elecciones. Por lo tanto, la posibilidad de resolver está dada fundamentalmente por la capacidad de enfrentarlo separándolo de otros.

Aquí quiero introducir el fenómeno de la temporalidad de una manera distinta a como lo planteaba Fernando Calderón. Creo que hay que distinguir el problema de las condiciones que desencadenan la transición, el proceso de transición —es decir, las luchas que se dan al interior de un régimen autoritario—, y el proceso de consolidación democrática. En los procesos de transición, las demandas sociales o las demandas por transformación social, de uno y otro lado, tienen que quedar subordinadas. La historia muestra eso. Sigo insistiendo, sin embargo, en la diferencia entre transición y consolidación; son problemas distintos. En el proceso de consolidación se plantea aquello a lo que apuntaba Touraine: cómo, a partir de una desvinculación de lo político y de los movimientos sociales, es posible reconstituir una democracia; cómo se evita la vuelta

atrás. Como Touraine, soy extremadamente optimista en términos de los problemas de consolidación en Chile, y sumamente pesimista en términos de los procesos de transición, porque creo que no hay una clase política, ni intelectuales, que hayan entendido la absoluta necesidad de esta distinción. Creo que hay una gran clase política para gobernar el país, pero no para deshacer la dictadura.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Manuel Antonio Garretón planteó una parte de lo que yo quería decir, y es que el momento de transición es un momento político: no metamos otras cosas en él. El problema que viene después, el de la fragilidad de la democracia, tiene que ver con el tipo de sociedad en que estamos y con la situación de crisis que se vive. Es mucho más fácil la construcción de un cierto tipo de democracia formal, con elementos de un sistema nacional popular, en momentos de bonanza que en momentos de crisis. Este es entonces el tema: la construcción de la democracia con la crisis agregada, y qué de nuevo trae esa situación de crisis en los procesos de formación de la democracia —no los llamo de consolidación, porque creo que nunca se consolidó la democracia; la democracia está basada en la incertidumbre, y hay que aceptar las reglas del juego, de que por ahí pierdo y tengo que esperar.

Lo que la experiencia argentina muestra es que, a partir de ese proceso de transición, se generaron ciertas presiones y ciertas formas de actuación que vienen desde la sociedad y se dirigen al sistema político. Y eso lo veo con optimismo. De pronto nos encontramos con transformaciones importantes en el Poder Judicial, en función de la relación directa sociedad, movimientos de derechos humanos, demandas judiciales. Esto es posiblemente lo más interesante que está pasando en Argentina en este momento. Nos encontramos con una activa-

ción de la política a nivel local absolutamente novedosa, y con que algunos de los programas del Estado asistencialista, como el de reparto de alimentos, generan una serie de movilizaciones, de formas de acción participativa a nivel local, que hacen que el gobierno tenga que extender el programa y, por presión popular, esté promoviendo cooperativas de consumo. Están entonces pasando cosas, a pesar de los pronósticos más bien pesimistas, y eso es indicación de que esos actores sociales desarticulados, no existentes, débiles, etc., se están constituyendo. Se están armando nuevas redes de relaciones entre la democracia política y los procesos de democratización de la sociedad.

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Intentaré contestar algunas de las preguntas planteadas; para empezar, las de Touraine. Evidentemente hubo una convergencia no deseada, aunque quizás necesaria, en las tres ponencias respecto al problema central de la desvinculación, la desarticulación de lo social y lo político. Por lo menos en el caso boliviano, donde esa desarticulación se ha demostrado en su forma más dramática, se produjo en la fase de lo que podríamos llamar la consolidación del régimen democrático, y no en la fase de transición. En ésta se pudo observar un evidente acuerdo entre la Central Obrera Boliviana y la Unión Democrática Popular, el acuerdo de democratizar el país. La demanda de democratización no fue una demanda puramente formal o de procedimiento; se consideraba las llamadas libertades formales como libertades sustanciales después de un período de casi 18, 20 años de dictaduras militares. La desarticulación se produjo en el momento en que se enfrentaron visiones lógicas y prácticas discrepantes respecto a la orientación que debería asumir el régimen democrático en términos políticos. Está el problema de la integración, de la democracia representativa y me-

canismos de participación directa, las maneras como resolver la crisis económica. Las discrepancias se dieron fundamentalmente en torno a dos ejes, que señalan los más graves problemas de la política boliviana: por una parte, la representatividad de los sindicatos en los sectores populares; por otra, la débil representatividad de los partidos.

Me pregunto, como se preguntaba Touraine, si es posible una consolidación democrática cuando hay actores mixtos socio-políticos, y si no se resuelve el problema de la representatividad. Es decir, si hay actores sociales que pueden ser representados políticamente a través de partidos y si, a su vez, estos partidos no son lo suficientemente representativos. Este es el problema que, creo, se manifiesta con toda claridad en Bolivia.

CLARISA HARDY (PET, Chile). Creo que, en el fondo, el debate —no sólo de los pobladores, sino de las sociedades en general— es la crisis del proyecto urbano industrial. El modelo urbano industrial como ideario de solución de sociedad y como camino de modernización, resultó incapaz de generar respuestas a estas sociedades. Y si es cierto que está en crisis, nuestra tarea central debiera ser repensar el tema del desarrollo y el problema de cómo reconstituir una democracia y una institucionalidad política que sea capaz de expresar esa modalidad de desarrollo que todavía no sabemos cuál va a ser efectivamente. Es probablemente el desafío más urgente, porque todavía estamos pensando institucionalidades democráticas que recogen modelos y estrategias industrialistas que correspondían a composiciones, estratificaciones y a estructuras industriales que hoy día están alteradas.

Y un último elemento de optimismo: quisiera referirme a uno de los comportamientos del mundo de los pobladores que no ha sido mencionado, y es su manera de enfrentarse, en condiciones de extrema precariedad de

recursos, a las situaciones de crisis. Creo que allí hay verdaderas lecciones para sociedades como las nuestras, que en contextos de crisis también tendrán que enfrentar soluciones potencializadoras de futuro.

DAVID LEHMAN (Universidad de Cambridge, U.K.). Quería hacer algunas anotaciones a los datos ideológicos de una democracia estable. Esa democracia va a ser en muchos aspectos la que se criticaba tanto hace 15, 20 años. Creo que hay una fuerte conciencia de la necesidad de crear una democracia estable, pero en una sociedad que sigue siendo muy desigual, con una elite modernizadora tecnocrática que es muy elite, en economías que van a seguir siendo muy inestables, y con Estados o aparatos estatales o muy pobres, o incapaces de enfrentar problemas sociales con sus métodos burocráticos.

Es evidente también la asimilación de lo que llamaría un antiestatismo de raíces populistas y liberales; es decir, la idea de antiestatismo liberal ha sido de una u otra forma asimilada por los más variados sectores, ya sea por la percepción de la ineficiencia del aparato estatal o —en los países industrializados— por aversión al autoritarismo.

Otro elemento claro es el marxismo popular en sus variadas raíces, y la presencia de la Iglesia como un protector, un delimitador de campos, una institución que traza límites entre lo que sería una acción colectiva no política y una acción colectiva política.

De los elementos señalados surge un elemento ideológico nuevo, que creo se va a concretizar en movimiento popular más allá del elemento "protesta", del cual no estoy hablando. Estoy hablando de las múltiples construcciones del día a día que se están haciendo y que no se van a tomar el poder, aunque tengan tras de sí la filosofía marxista. Si pensamos en el movimiento popular como colectivo en un sistema democrático, podemos ver que ese movimiento popular no

puede tomar el poder, que es simplemente una expresión de la demanda de ciudadanía. Pero creo que es más que eso. Creo que el papel que va a cumplir es el de aportar soluciones no formalmente políticas a problemas sociales.

GONZALO FALABELLA (SUR, Chile). Yo diría que cuando los viejos esquemas no funcionan, los movimientos sociales están obligados a dar un salto, tanto en los países desarrollados como en nuestro caso. Los esquemas se han venido abajo, y pregunto hasta qué punto se está produciendo la necesaria clasificación de roles entre lo individual, lo social, lo partidario y lo estatal. Veo a los partidos básicamente en un rol central, pero no en el sentido de realizar síntesis que no les corresponden y que los movimientos sociales perfectamente pueden hacer, sino en hacer la síntesis superior en Chile. No ocurre eso, ni siquiera hay clientelismo, no tienen nada que ofrecer. Entonces, yo plantearía hasta qué punto son capaces los pobladores, a partir de su propia realidad, de pensar el país como lo comenzaron a hacer los trabajadores del petróleo, del cobre, y otros.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Tengo una dificultad muy seria para pensar en América Latina como un todo; pensaba más en Brasil, y ahí se me presenta un problema de comprensión respecto de la noción de "sociedades destrozadas". Ya no es más la típica noción de clase, proletariado, policía, etc.; es algo diferente. No se refiere a lo social, pero sí hay algo de social; se habla de grupos caracterizados por la anomia, la violencia, la desorganización. Mi pregunta es, ¿es esto nuevo en nuestra sociedad, o no fue siempre así? ¿por qué esto es "destrizado"? ¿qué sentido tiene emplear esa palabra tan fuerte?

La segunda cuestión a que quiero referirme es que, a mi juicio, la socie-

dad brasileña avanza a una creciente institucionalización. No hay juego político, hay reglas muy estrictas, conservadoras, hay un mundo sindical obrero organizado. Pero en el último mes, en San Pablo, cerca de 100.000 personas invadieron tierras durante un mes—cosa absolutamente insólita en la historia de San Pablo—, incluso pasando a la violencia. Después, diálogo entre los pobladores e Iglesia y el poder local. O sea, tentativa y regla del juego. Entonces, hasta qué punto la noción de "sociedades destrozadas" es pertinente para entender una sociedad como la brasileña, que camina hacia la creación de reglas conservadoras pero institucionales del juego político-social.

Finalmente, si se recurre a la noción de sociedades destrozadas o de bases sociales destrozadas, lo que no parece ser aplicable a todos los pobladores de América Latina, pero sí es que vale para todos, hay que tener características un poco más específicas para la relación de los pobladores. Esto es, plantearse cómo, a partir de estas sociedades destrozadas, se puede pensar en un movimiento social de tipo de acción organizada, de lucha para el cambio social y político.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia).
Quisiera concentrarme en los aspectos

comunes a casi todas las preguntas o, más bien, intentar descubrir el punto a partir del cual todas estas preguntas se centran. El tema general y permanente en el cual estamos trabajando es saber qué aspectos son positivos y cuáles son negativos en una situación social. Hoy se habla de marginalidad, un siglo atrás el tema habría sido el proletariado; la noción de "proletariado" no es lo mismo que la de "clase obrera"; ésta última es el aspecto positivo; "proletariado" implica explotación, exclusión, carencia de propiedad, de control sobre el propio trabajo. No se puede hablar de movimientos sociales si no se tiene una respuesta a esta pregunta: ¿cuál es el papel de la negatividad?

